

Ernesto Román Orozco

EN OTRA TIERRA
Una lectura entrañable
desde el peso de los nombres.

San Cristóbal, 26 de septiembre del 2022.

*Oyendo la voz del río
que jamás cambia de cauce.
Yo, solitario en la sombra,
sintiéndome otra vez niño,
volviendo a ser el de antes.*

Manuel Felipe Rugeles

I.

Escribir con tierra entre las manos y el intento forzado hacia la luz, las palabras. No reflexionar más allá de aquella lluvia andina que nos abarca, porque sabemos vivir rodeados de montañas donde la vecindad es más leyenda de nombres que abundan por ahí, que compartir y hacernos cercanos al otro: a quienes viven en aquella chocita de fogón que, a penas, divisamos entre la faja de neblina. Ríos por aquí y más ríos por allá y algunas lagunas y cristales de aguas quebradas entre las rocas mohosas y heladas. De todo esto está pletórico el nuevo poemario titulado *En otra tierra* (Ediciones Gobierno del Estado Táchira, San Cristóbal, 2022) del poeta Freddy Nãñez (Petare, estado Miranda, República Bolivariana de Venezuela, 1976). En este corpus donde la evocación se presenta sin otro ánimo que homenajear al poeta Manuel Felipe Rugeles (San Cristóbal, estado Táchira, 1903. Caracas, 4 de noviembre 1959), cada poema de Freddy Nãñez recorre los mismos parajes que fueron cuna o manantial de cada poema de Rugeles. Está presente un retorno hacia esa sencillez de la palabra que dirá *Montaña* siendo esta la palabra que debemos leer, sin otro alarde de acepción. *En otra tierra* es un poemario que abraza el espíritu de esa andinidad cuya premisa es la firmeza en el habla y la honorabilidad del hombre cuando nos devela su historia, siempre local, eterna y cercana. Un hombre reza los nombres de su herida; compromete su vida al nombrar su dolor y su gozo. El hombre al cantar, nombra; pero también hace del tiempo la estatura del día donde los elementos naturales que conforman y nutren la estructura cotidiana, se encuentran en el siguiente poema.

FAENA

*El alba sube
por las calles del
pueblo,*

con la mirada perdida

*Suelta unos pájaros
en la plaza*

*siembra un grito
en el gallo*

*y sigue su camino
hacia la vega,*

junto a los demás.

Una carga poética se desprende de un hombre trabajador. Debe ser un estruendo visual, ver un grito sembrado en un gallo. Esta ave de tierra, uno de los emblemas masculinos del latinoamericano, acoge el temor del poeta, descargado en un sembrador de urgencias. Y es que este poema pareciera responder aquella celebre pregunta de Eugenio Montejo: *¿Por qué se oyen/ los gallos/ de pronto/ a medianoche/ si no queda/ ya/ un patio/ en tantos edificios?...* Y lo espinoso, ante todo, es que un grito jamás se cierra. En el caso que nos ocupa, el poeta edifica una imagen que pudiera ser una muy cercana analogía de lo que no podemos darle término. Así acabe el grito, su ánima sella el lugar donde logró su arrebato. Otro caminante al pasar, se tropezará con la algazara...*y sigue su camino/ hacia la vega, /*

junto a los demás. En esta nueva entrega, nos encontramos con una prolongación de su anterior hermoso título: *Viraje* (Colección Poesía Acirema. San Cristóbal, Venezuela 2017), donde el poeta Nájuez nos propone una poética de viajes. En ese poemario emprende una escritura, a través de la cual nos plantea una filosofía del *no estar* al tiempo que no se detiene y va estando en distintos territorios cardinales de rotundas despedidas. *En otra tierra* nos enseña algunos vestigios de *Virajes*; pero desde una premisa: el retorno a un lugar cuya tierra es al poeta en la experiencia de su hermano, contada en un conmovedor poema.

MI HERMANO VUELVE A CASA

*El cielo que aguante
este azul que
se pronuncia*

*Mañana llega mi
hermano*

*Un día para
que reverdezca
el pasto*

y maduren,

al menos,

las pomarrosas

*Se regresa
con un hijo*

*Si tuviéramos
más bucares*

*Si mañana
el río nos regala
un poco más
de río*

Ojalá.

II.

La poesía como homenaje es una oración definitiva. Cuando un poema salta de nuestras manos, ignoramos lo que ha de venir. A veces tiene algún destinatario o señalado; algún *confesado* desde los intentos que, lápiz en mano, vaciamos sobre la frágil superficie en blanco. Así viven los condenados a la poesía; los temblorosos habitantes de las noches perpetuas de los versos, y ese frío que, al final, nos piensa de sus intenciones y sus monstruos. Desde esa rosa de pétalos transparentes que una vez despertara en Philippe Jaccottet, los siguientes versos: *Ahora/ se descubre la tierra/ y la luz del sol, / girando como un faro,/ a veces de negro. / Luego/ escribe en el hierba/ con tinta ligera.* Un poemario que ahora se detiene en un tiempo sin territorialidad; en una territorialidad donde

el *ahora* y el *tiempo* son materia prima o iniciática hacia esa poética que postula lugares en tanto nombra desde los sentimientos. Elementos que marcan o rigen el natural desenvolvimiento del destino, prefiguran un paisaje que encuentran lugar en poemas como *Estación dorada*. En el hombre, como depositario de lo infinito, descansa toda tibieza sentimental. Una serenidad que tiene como fuente lo bendito es, sin duda y paradójicamente, un anhelo de narrar lo deseado; sin trastocar el hecho necesario de naturalizar la costumbre de los hombres de pueblo de ser en sí ese pueblo que nombran desde sus recuerdos. Existe una tradición que se aloja en todos esos deseos que resumimos con el nombre de *corazón* que nos impulsa a volver. Se trata de un anhelo entrañable de estar en la siempre última fiesta que se gesta entre el alma y la carne; entre ese encuentro entre las flores y la brisa que nos enseña que lo que tiembla es amor.

ESTACIÓN DORADA

Esto que pasa nos bendice

*es el sol de otras
tierras*

*que en todos los pueblos
tiene un altar*

*y se detiene
a la misma hora
en cada hombre,*

*a espantar la distancia,
a empujar la cosecha*

*Esto que al pasar
alumbra tu ciudad
como si sólo ella existiera*

*y que te mira como
se mira a un Dios*

Es el sol de otras tierras.

Pero la noche llega con las soledades humanas; cuando desh abitamos las ventanas y con nosotros entran tantos escombros a nuestras casas que debemos encender las luces para no tropezarnos con un zapato estacionado en mitad de un pacillo o esas piedras de sombra que hacen que una esquina se convierta en el rincón del gato. Todo es costumbre de un *desde*, como preposición con la cual nacimos y es la clave de un origen que siempre nos sale al paso para enseñarnos a vivir con el temperamento inadvertido de todo lo que nos rodea. Implícito en el hecho de la realidad nocturna, la oscuridad se puebla de grillos y sapos. El pueblo plétórico de nadie y de casas que resguardan en sus vientres a personas cansadas que, en el recuento del día vencido ante el *pigmento* crepuscular, comienzan a organizar, cada quien, la esperanza de un próximo día.

AFUERA

*El día es una imagen
detenida*

*Sin estas montañas
no tendría un marco:*

*se habrían fugado
las formas,*

*no quedaría nada
en el pigmento*

*La noche sucede
cuando ya nadie
mira afuera.*

III.

Volver a las aguas bautismales de mi infancia; volver para mojar las cosas ocultas entre mis pies y las señas que quedan en la brevedad del barro. El río es un nombre lleno de laberintos. Una alfombra donde nos convertimos en crisol *Quinimarí* para enaltecer esos territorios de la memoria en los cuales intacta vibra todavía alguna aventura. Fui hecho de esa carne en la que el agua de mi pueblo brilla en la espesura de las emociones. El río *Quinimarí* es lo nunca supe decir cuando nombrabas el amor. Desnudez *Quinimarí* y la niebla mía cruje, porque la antigüedad pierde madera. *A sus orillas pienso en mi muerte*, confiesa el poeta. La andinidad lo anima, sin embargo; aunque son muchas las tormentas dejadas atrás. No es solo otredad: el hoy son esas aguas como mismas en su escritura. Entre esa tierra y lo húmedo el poeta reclama su respiración y pensamiento. Y llega el tiempo del llanto y de esa extraña voluntad de creer que sabemos morir y de sentirnos sin sombra a orillas de este río.

A ORILLAS DEL QUINIMARÍ PIENSO EN MI MUERTE

Llegado el día

*me quitaré
esta fina
capa de polvo*

entre tus aguas.

En otra tierra me ha permitido experimentar un extraño paralelismo con la realidad, digámoslo así, normal. Un inusual pero entrañable peso fenomenológico, como lo es volver a esa tierra que es la casa de la infancia; nunca a esa casa de la infancia en aquella tierra.

Introspección cósmica, captura de lo definitivo poético, todo está planteado cuando intentamos aproximarnos al lenguaje prístino: la poesía. Aquellas palabras que, con el tiempo, nos permitieron acepciones. Y la memoria del poeta Manuel Felipe Rugeles entre aquel cortinaje espeso de niebla, se abre paso en las calles de la aldea. Un pueblo de emigrantes silenciosos, tristes, lo saluda desde una densa tachirensidad. Es de noche, el momento justo en que la raíz de las palabras emerge con hondura, es decir, desde la pureza poética. Surgen aquí aquella sentencia de Nietzsche: *El lenguaje es una dulce locura, hablando el hombre baila sobre todas las cosas*. El poeta busca la noche en la casa que es la tierra; en la luna en sí como inocencia esplendorosa, así los muertos salgan solo a recorrerla.

NOCTURNO

Por este valle

de noche,

caminan los muertos

*Parietes lejanos
que en otro siglo
labran la tierra*

*Por la noche
se encienden luces
en otras casas
vecinas*

y celebran

*Hay una aldea
en la niebla,*

*un pueblo que
emigra entero*

cuando despiertas.

Otro poema de profundo tono evocador es *Una tarde alta a finales de febrero*, en el cual el poeta Nájñez nos baja un poco la voz –así lo siento– para describirnos un encuentro entre lo humano y lo natural. El poeta insiste en la introspección a favor del encuentro *hombre-entorno* tomando en cuenta una realidad atípica desde la posible reacción del día en cada uno de sus habitantes que, como resultante, pudiera darse en el dulce dibujo de una calidez donde nacerían las flores de una alegría con colores de nostalgias; con olores de lejanías y el terciopelo al tacto débil del adiós. Este es un poema magistralmente descriptivo de un hombre vulnerado por el mundo. Su lectura nos habla de alguien que celebra su diario vivir desde un *aquí* lejano. Lo vemos caminando al tiempo que el viento, como a un castillo de arena, lo va desmoronando entre la sequedad infinita y violenta de ese clima que se vale de la debilidad de un caminante hecho ciudadano universal. Tiempo de respirar la tierra al

aldeano en su elemento poético que no es otra cosa que la desnudez en sí. Describirnos y escribirnos en un poema va más allá del simple ejercicio. Es acto de trascendencia a la realidad cotidiana para viajar hacia inestables experiencias de sentimientos que se cruzan también con sensaciones como el dolor de lo que dejamos atrás y la expectativa de lo que aún no conocemos. Por eso los habitantes de *Una tarde alta a finales de febrero*, transitan los tristes postulados de un sol tenue. Se reconocen en cada resurgir, en cada vínculo, en cada historia que hace pesado el oficio de mirar en silencio y seguir hacia adelante, hacia el final.

UNA TARDE ALTA A FINALES DE FEBRERO

*Hace mucho
no teníamos
un cielo así*

*Nos cubrió el
rostro con su tela
vegetal*

*y todo se tiñó
de orquídea*

*Alzamos la cabeza
bajo ese manto*

*para respirar
la desnudez*

Garuaba:

*se nos
fue cayendo la arcilla
de la cara.*

IV

En la tarde del poema sucede el mundo entre aquellos parajes y muros. Gentes con sus caras tristes durmiendo debajo de sus brazos. Nace, en esta realidad, el lado extraño de la nostalgia. Y es que la zona desnuda de un territorio son sus pueblos; una aldea es una experiencia única de desnudez, por eso el poeta Ñáñez escruta ámbito y ambiente en razón de los cuerpos que, al contacto con el tiempo, se van desmoronando hacia una respiración de un cielo de vegetales blancos donde los sueños son fluviales y sientes las gotas apasionadas de una poesía que nos devela origen y retorno hacia esa sencillez, en algunos momentos evocadores de la palabra del poeta Rugeles. Presente está –y completa sea esa experiencia- la andinidad tachirense; el silencio del hombre que, aun no siendo campesino ya, no pierde su natividad y sencillez en su decir tranquilo. *En otra tierra* es tierra de un *aquí* distante. Es el poeta en busca de su paz y los reencuentros. Es avanzar hacia un volver que solo se asume a partir de los sentimientos: *11 Poemas a la intemperie* da fe de un logro de pureza poética porque Ludovico y Dante hacen temblar esos poemas de *días postergados... Aprendimos a estarnos dentro, / a convivir con el sosiego, / a no tropezar / con sus patas / de animal doméstico*. Pero irrumpe en la dinámica experiencial de Freddy

Ñáñez un momento que, para mí, sella desde lo vital su poesía, se trata de su encuentro con el orientalismo. Nombres como François Cheng, Taneda Santokan, Matsou Basho son ejemplos de su proceso y profundización de su obra literaria. Surge un significativo poema titulado, *Aquel almanaque chino*, dedicado a su hijo Dante, donde el pintor y calígrafo oficial del emperador Qienlong, Zheng Xie, es quien lo habita en una especie de relato en el que el poeta Ñáñez, le va hablando a Dante de una noche plasmada en un lienzo:

*Entonces,
esa vecindad lo era todo
A veces yo
balanceaba los marcos
de ese calendario
desgastado*

*y aquel temblor en
la imagen*

*era una
gramática
de animales
solitarios*

(de *Aquel almanaque chino I*).

*

...hubo un tiempo

*en que
vivimos dentro
del bosque*

*y que en
el cielo
colgaba*

*una pintura antigua
donde el mismo
Zheng Xie
imaginó
una casa cerrada,
habitada por
un animal
de sombras.*

(de *Aquel almanaque chino II*).

Es, *En otra tierra*, un poemario que nos revela un perenne regresar; una búsqueda de esa grieta epocal que llevamos con nosotros en silencio y que solo nombramos con peso y fuerza de leyenda, cuando retomamos todo aquello que dejamos atrás intacto, inhabitado y crepitante en ese maderamen lleno de sombras y de voces que intento (d)escribir desde una tierra profunda que queda ya lejano, como el cariño por la aldea, por aquella niebla que brota cuando decimos hojarasca, poesía, pájaros, grillos, ocaso, y lo que brilla son los ojos

del poeta, abriéndose paso entre las flores sencillas de un día que comienza y termina en la estatura de sus sueños.